

El collar

Guy de Maupassant

Cita: Maupassant, G. (1884). El collar. Extraído de <http://www.eastoftheweb.com/short-stories/UBooks/Neck.shtml>

Era una de esas muchachas bonitas y encantadoras nacidas, como si el destino se hubiera ensañado con ella, en una familia de artesanos. No tenía ninguna porción de matrimonio, ni expectativas, ni medios para hacerse conocer, comprender, amar y casarse con un hombre rico y distinguido; y se dejó casar con un pequeño empleado del Ministerio de Educación. Sus gustos eran sencillos porque nunca había podido permitirse otros, pero era tan infeliz como si se hubiera casado con alguien inferior a ella; porque las mujeres no tienen casta ni clase, su belleza, su gracia y su encanto les sirven para el nacimiento o la familia, su delicadeza natural, su elegancia instintiva, su agilidad de ingenio, son su única marca de rango, y ponen a la chica de los barrios bajos al nivel de la más alta dama del territorio.

Sufría sin cesar, sintiéndose nacida para todo manjar y lujo. Sufría por la pobreza de su casa, por sus paredes mezquinas, sus sillas gastadas y sus feas cortinas. Todas estas cosas, de las que otras mujeres de su clase ni siquiera habrían sido conscientes, la atormentaban e insultaban. La visión de la niña Breton que vino a hacer el trabajo en su casita despertó en su mente remordimientos de corazón y sueños sin esperanza. Imaginaba antecámaras silenciosas, pesadas con tapices orientales, iluminadas por antorchas en elevados zócalos de bronce, con dos altos lacayos en pantalones hasta las rodillas durmiendo en grandes sillones, vencidos por el pesado calor de la estufa. Imaginaba vastos salones llenos de sedas antiguas, muebles exquisitos que soportaban adornos de valor incalculable, y pequeñas habitaciones encantadoras y perfumadas, creadas solo para pequeñas fiestas de amigos íntimos, hombres famosos y codiciados, cuyo homenaje despertaba los anhelos envidiosos de cualquier otra mujer.

Cuando se sentaba a cenar en la mesa redonda cubierta con un paño de tres días, frente a su marido, que quitaba la tapa de la sopa-tureta, exclamando encantado: “¡Ah! ¡Caldo escocés! ¿Qué podría ser mejor?” imaginaba comidas delicadas, plata reluciente, tapices cubriendo las paredes con gente de una época pasada y extrañas aves en bosques de hadas; imaginaba comidas delicadas servidas en platos maravillosos, galanterías murmuradas, escuchadas con una sonrisa inescrutable como alguien que juega con la carne rosada de la trucha o las alas del pollo al espárrago.

No tenía ropa, ni joyas, nada. Y estas eran las únicas cosas que amaba; sentía que estaba hecha para ellas. Había anhelado tanto encantar, ser deseada, ser salvajemente atractiva y buscada.

Tenía una amiga rica, una antigua amiga del colegio a la que se negaba a visitar, porque sufría mucho cuando volvía a casa. Lloraba días enteros, con pena, arrepentimiento, desesperación y miseria.

*

Una noche, su marido llegó a casa con aire exultante, con un gran sobre en la mano.

“Aquí hay algo para ti”, dijo.

Rápidamente rompió el papel y sacó una tarjeta impresa en la que estaban estas palabras:

“El Ministro de Educación y Madame Ramponneau solicitan el placer de la compañía de Monsieur y Madame Loisel en el Ministerio la noche del lunes 18 de enero”.

En lugar de alegrarse, como esperaba su marido, arrojó la invitación con petulancia al otro lado de la mesa, murmurando:

“¿Qué quieres que haga con esto?”

“Por qué, cariño, pensé que estarías complacida. Nunca sales, y esta es una gran ocasión. Tuve tremendos problemas para conseguirlo. Todo el mundo quiere uno; es muy selecto, y muy pocos se ofrecen a los empleados. Verás a toda la gente importante allí”.

Ella le miró con ojos furiosos, y dijo impaciente: “¿Y qué supones que voy a ponerme en un evento de ese tipo?”

No había pensado en ello; tartamudeó:

“El vestido con el que vas al teatro. A mí me parece muy bonito...”

Se detuvo, estupefacto y totalmente perdido, cuando vio que su mujer empezaba a llorar. Dos grandes lágrimas bajaron lentamente desde las comisuras de sus ojos hacia las de su boca.

“¿Qué te pasa? ¿Qué te pasa?”, titubeó.

Pero con un violento esfuerzo superó su pena y contestó con voz tranquila, secándose las mejillas húmedas:

“Nada. Solo que no tengo vestido y por eso no puedo ir a esta fiesta. Dale tu invitación a algún amigo tuyo cuya esposa se verá mejor que yo”.

Tenía el corazón destrozado.

“Mira, Matilde”, insistió. “¿Cuánto costaría un vestido adecuado, que pudieras utilizar también en otras ocasiones, algo muy sencillo?”

Pensó durante varios segundos, calculando los precios y preguntándose también por la cantidad que podía pedir sin provocar una negativa inmediata y una exclamación de horror por parte del atento empleado.

Por fin, respondió con algunas dudas:

“No lo sé exactamente, pero creo que podría hacerlo con cuatrocientos francos”.

Se puso un poco pálido, ya que esa era exactamente la cantidad que había estado ahorrando para una pistola, con la intención de practicar un poco de tiro el próximo verano en la llanura de Nanterre con algunos amigos que iban a practicar tiro de alondras allí los domingos.

Sin embargo, dijo: “Muy bien. Te daré cuatrocientos francos. Pero intenta conseguir un vestido muy bonito con el dinero”.

El día de la fiesta se acercaba, y Madame Loisel parecía triste, inquieta y ansiosa. Sin embargo, su vestido estaba listo. Una noche su marido le dijo:

“¿Qué te pasa? Has estado muy rara durante los últimos tres días”.

“Me siento totalmente miserable por no tener ninguna joya, ni una sola piedra, para usar”, respondió. “No miraré absolutamente a nadie. Casi prefiero no ir a la fiesta”.

“Lleva flores”, dijo. “Son muy inteligentes en esta época del año. Por diez francos puedes conseguir dos o tres rosas preciosas”.

No estaba convencida.



“No... no hay nada tan humillante como parecer pobre en medio de un montón de mujeres ricas”.

“¡Qué estúpida eres!”, exclamó su marido. “Ve a ver a Madame Forestier y pídele que te preste algunas joyas. La conoces bastante bien para eso”.

Lanzó un grito de alegría.

“Es cierto. Nunca lo había pensado”.

Al día siguiente fue a ver a su amiga y le contó su problema.

Madame Forestier se dirigió a su tocador, cogió una gran caja, se la llevó a Madame Loisel, la abrió y dijo:

“Elige, querida”.

Primero vio unos brazaletes, luego un collar de perlas, después una cruz veneciana de oro y gemas, de exquisito acabado. Se probó el efecto de las joyas ante el espejo, dudando, incapaz de decidirse a dejarlas, a renunciar a ellas. Siguió preguntando:

“¿No tienes nada más?”

“Sí. Mira tú misma. No sé qué te gustaría más”.

De repente descubrió, en un estuche de satén negro, un magnífico collar de diamantes; su corazón empezó a latir con codicia. Sus manos temblaban al levantarlo. Se lo abrochó al cuello, sobre su vestido alto, y se quedó extasiada al verse a sí misma.

Luego, con vacilación, preguntó con angustia:

“¿Podrías prestarme este, solo este?”

“Sí, por supuesto”.

Se arrojó sobre el pecho de su amiga, la abrazó frenéticamente y se fue con su tesoro. Llegó el día de la fiesta. Madame Loisel fue un éxito. Era la mujer más guapa de las presentes, elegante, grácil, sonriente y muy por encima de sí misma por su felicidad. Todos los hombres la miraban fijamente, preguntaban su nombre y pedían que se les presentara. Todos los subsecretarios de Estado deseaban bailar el vals con ella. El Ministro se fijó en ella.

Bailaba enloquecida, extasiada, ebria de placer, sin pensar en nada, en el triunfo de su belleza, en el orgullo de su éxito, en una nube de felicidad formada por este homenaje y admiración universales, por los deseos que había despertado, por la plenitud de una victoria tan querida por su corazón femenino.

Se fue alrededor de las cuatro de la mañana. Desde la medianoche, su marido dormitaba en una pequeña habitación desierta, en compañía de otros tres hombres cuyas esposas se divertían. Le echó sobre los hombros las prendas que había traído para que volvieran a casa, modestas ropas de diario, cuya pobreza chocaba con la belleza del vestido de baile. Ella era consciente de ello y estaba ansiosa por alejarse a toda prisa, para no ser notada por las otras mujeres que se ponían sus costosas pieles.

Loisel la contuvo.

“Espera un poco. Te vas a resfriar con el aire. Voy a buscar un taxi”.

Pero ella no le escuchó y bajó rápidamente la escalera. Cuando salieron a la calle no pudieron encontrar un taxi; se pusieron a buscar uno, gritando a los conductores que veían pasar a lo lejos.

Bajaron hacia el Sena, desesperados y temblando. Por fin encontraron en el muelle uno de esos viejos carruajes nocturnos que solo se ven en París al anochecer, como si se avergonzaran de su pobreza a la luz del día.

Los llevó a su puerta en la Rue des Martyrs, y con tristeza subieron a su propio apartamento. Era el final, para ella. En cuanto a él, estaba pensando que debía estar en la oficina a las diez.

Se quitó las prendas con las que se había envuelto los hombros, para verse en todo su esplendor ante el espejo. Pero de repente lanzó un grito. El collar ya no estaba alrededor de su cuello

“¿Qué te pasa?”, preguntó su marido, ya medio desvestido.

Se volvió hacia él con la mayor angustia.

“Yo . . . Yo . . . Ya no tengo el collar de Madame Forestier. . .”

Él dijo con asombro.

“¡Qué!... ¡Imposible!”

Buscaron en los pliegues de su vestido, en los pliegues del abrigo, en los bolsillos, en todas partes. No pudieron encontrarlo.

“¿Estás seguro de que todavía lo tenías puesto cuando saliste del baile?”, preguntó.

“Sí, lo toqué en el pasillo del Ministerio”.

“Pero si lo hubieras perdido en la calle, lo habríamos oído caer”.

“Sí. Probablemente sí. ¿Tomaste el número del taxi?”

“No. No te has dado cuenta, ¿verdad?”

“No”.

Se miraron fijamente, atónitos. Por fin, Loisel volvió a vestirse.

“Voy a repasar todo el terreno que hemos pisado”, dijo, “a ver si lo encuentro”.

Y salió. Ella se quedó en su ropa de noche, sin fuerzas para meterse a la cama, acurrucada en una silla, sin voluntad ni poder de pensamiento.

Su marido volvió sobre las siete. No había encontrado nada.

Fue a la comisaría, a los periódicos, a ofrecer una recompensa, a las compañías de taxis, a todos los lugares donde un rayo de esperanza le impulsaba.

Esperó todo el día, en el mismo estado de desconcierto ante esta temible catástrofe.

Loisel llegó a casa por la noche, con el rostro delineado y pálido; no había descubierto nada.

“Debes escribir a tu amiga -dijo- y decirle que has roto el cierre de su collar y que lo estás arreglando. Eso nos dará tiempo para buscar a nuestro alrededor”.

Ella escribía al dictado de él.

*

Al cabo de una semana habían perdido toda esperanza.

Loisel, que había envejecido cinco años, declaró:

“Debemos ver cómo reemplazar los diamantes”.

Al día siguiente, cogieron la caja que contenía el collar y se dirigieron a la joyería cuyo nombre figuraba en su interior. Consultó sus libros.

“No fui yo quien vendió este collar, Madame; debo haber provisto simplemente el broche”.

Entonces fueron de joyero en joyero, buscando otro collar como el primero, consultando sus recuerdos, ambos enfermos de remordimiento y angustia de espíritu.

En una tienda del Palais-Royal encontraron un collar de diamantes que les pareció exactamente igual al que buscaban. Valía cuarenta mil francos. Se les permitió comprarlo por treinta y seis mil.

Le rogaron al joyero que no lo vendiera durante tres días. Y arreglaron las cosas en el entendimiento de que se recuperaría por treinta y cuatro mil francos, si se encontraba el primero antes de finales de febrero.

Loisel tenía dieciocho mil francos que le había dejado su padre. Tenía la intención de pedir prestado el resto.

Lo pidió prestado, consiguiendo mil de un hombre, quinientos de otro, cinco luises por aquí, tres luises por allá. Daba billetes de mano, celebraba acuerdos ruinosos, hacía negocios con usureros y con toda la tribu de prestamistas. Hipotecó todos los años que le quedaban de existencia, arriesgó su firma sin saber siquiera si podría honrarla, y, horrorizado ante el rostro agónico del futuro, ante la negra miseria que iba a caer sobre él, ante la perspectiva de todas las privaciones físicas y torturas morales posibles, fue a buscar el nuevo collar y puso sobre el mostrador del joyero treinta y seis mil francos.

Cuando Madame Loisel devolvió el collar a Madame Forestier, esta le dijo con voz fría:

“Deberías haberla traído antes; podría haberla necesitado”.

No abrió el maletín, como temía su amiga. Si se hubiera dado cuenta de la sustitución, ¿qué habría pensado? ¿Qué habría dicho? ¿No la habría tomado por una ladrona?

*

Madame Loisel llegó a conocer la espantosa vida de la miseria. Desde el primer momento desempeñó su papel de forma heroica. Esta temible deuda debe ser pagada.

Ella lo pagaría. El sirviente fue despedido. Se cambiaron de piso; se mudaron a una buhardilla bajo el tejado.

Llegó a conocer el pesado trabajo de la casa, los odiosos deberes de la cocina. Lavó los platos, desgastando sus uñas rosas en la tosca cerámica y en el fondo de las cacerolas. Lavaba la ropa sucia, las camisas y los paños de cocina, y los colgaba para que se secaran en un cordel; cada mañana bajaba el cubo de la basura a la calle y subía el agua, deteniéndose en cada rellano para recuperar el aliento. Y, vestida como una pobre mujer, iba al frutero, al tendero, al carnicero, con una cesta al brazo, regateando, insultando, luchando por cada miserable medio penique de su dinero.

Cada mes había que pagar unos billetes, renovar otros, ganar tiempo.

Su marido trabajaba por las tardes arreglando las cuentas de un comerciante, y a menudo por la noche hacía copias a dos peniques y medio la página.

Y esta vida duró diez años.

Al cabo de diez años todo estaba saldado, todo, las cargas del usurero y la acumulación de intereses superpuestos.

Madame Loisel parecía ya mayor. Se había convertido en una mujer fuerte, dura y tosca como todas las de los hogares pobres. Llevaba el pelo mal peinado, las faldas desordenadas y las manos rojas. Hablaba con voz chillona y el agua caía por todo el suelo cuando lo fregaba. Pero a veces, cuando su marido estaba en la oficina, se sentaba junto a la ventana y pensaba en aquella noche de hace tiempo, en el baile en el que había estado tan guapa y había sido tan admirada.

Lo que habría pasado si nunca hubiera perdido esas joyas. ¿Quién sabe? ¿Quién sabe? ¡Qué extraña es la vida, qué voluble! ¡Qué poco se necesita para arruinar o salvar!

Un domingo, cuando salió a pasear por los Campos Elíseos para refrescarse después de los trabajos de la semana, vio de repente a una mujer que sacaba a pasear a un niño. Era Madame Forestier, todavía joven, todavía hermosa, todavía atractiva.

Madame Loisel era consciente de cierta emoción. ¿Debería hablar con ella? Sí, por supuesto. Y ahora que había pagado, se lo contaría todo. ¿Por qué no?

Se acercó a ella.

“Buenos días, Jeanne”.

La otra no la reconoció y se sorprendió de que una pobre mujer se dirigiera a ella con tanta familiaridad.

“Pero... Madame...”, tartamudeó. “No sé... debes estar cometiendo un error”.

“No... Soy Mathilde Loisel”.

Su amiga lanzó un grito.

“¡Oh! ... mi pobre Matilde, cómo has cambiado! ...”

“Sí, he pasado momentos difíciles desde que te vi por última vez; y muchas penas... y todo por ti”.

“¡Por mí! . . . ¿Cómo es eso?”

“¿Recuerdas el collar de diamantes que me prestaste para el baile en el Ministerio?”

“Sí. ¿Y bien?”

“Bueno, lo perdí”.

“¿Cómo pudiste? Pero, lo regresaste”.

“Te traje otro igual. Y durante los últimos diez años hemos estado pagando por ello. Te das cuenta de que no fue fácil para nosotros; no teníamos dinero. . . Bueno, por fin está pagado, y me alegro mucho”.

Madame Forestier se había detenido.

“¿Dices que has comprado un collar de diamantes para reemplazar el mío?”

“Sí. ¿No lo habías notado? Eran muy parecidos”.

Y sonrió con una felicidad orgullosa e inocente.

Madame Forestier, profundamente conmovida, tomó sus dos manos.

“¡Oh, mi pobre Matilde! Pero lo mío era una imitación. ¡Valía como mucho quinientos francos!...”